

LA R. A. U. Y LA LIGA ARABE ANTE ISRAEL Y LA ALEMANIA
FEDERAL

Desde que al comenzar febrero comenzaron también a plantearse, de un modo tan ruidoso como inesperado, una serie de problemas y complicaciones centradas en torno al enfriamiento de relaciones entre los gobernantes de El Cairo y de Bonn, la línea general de la evolución del Próximo Oriente tiende a seguir (cada vez con mayor intensidad) unas rutas de indignación por la ayuda que Alemania Federal ha prestado y presta a Israel. Durante todo el tiempo transcurrido desde entonces hasta la fecha del 24 de mayo, fijada para la Conferencia en El Cairo de los jefes de Gobierno de los Estados árabes, lo que comenzó por ser una diferencia de puntos de vista entre el presidente Abdel Nasser y el canciller Erhard, ha llegado a desempeñar el papel de un reactivo general para revisar el total de los problemas y las posibilidades del panarabismo; al cual ha venido sirviendo de catalizador la cuestión de Palestina.

Lo más curioso en la consideración de los episodios germano-egipcios que destacaron como punto de partida, fué precisamente que se iniciasen con tanta expansión y profundidad. Alguien escribió entonces que "fué como una especie de terremoto político, respecto al cual todavía no se sabe dónde llegarán sus más remotos efectos". En todo caso, los comienzos de la crisis (es decir los egipcios-alemanes) han tenido desde el primer momento un anverso de política germánico-europea y germánico-sionista; a la vez que un reverso germánico-árabounido con prolongaciones arábigas generales. Aquí nos ocupamos sólo del tema panarabista central, atendiendo a que sus aspectos profundos de reactivo superan la actualidad pasajera de lo que comenzó como algo reducido a El Cairo, Bonn y Tel-Aviv.

El primer antecedente y punto de partida fué en 1952 el llamado "acuerdo de reparaciones", en virtud del cual Alemania Federal se comprometió a pagar a Israel 3.700 millones de dólares en diez años, a razón de 370 mi-

llones cada año. De aquel acuerdo se dijo oficialmente que era una indemnización por las pérdidas de vidas y bienes que sufrieron los judíos alemanes en el régimen hitleriano. Los Estados árabes enviaron entonces al gobierno de Bonn una nota alegando que, por distintas razones, Israel no puede ser considerado como heredero de aquellos judíos; sobre todo porque el llamado "Estado de Israel" no existía en tiempo de la segunda guerra mundial. A esta queja árabe respondieron entonces los dirigentes federales alemanes, recordando que Alemania sigue ocupada militarmente por las potencias vencedoras en 1945, y que el llamado "acuerdo de reparaciones" se derivaba de las normas de la ocupación.

Después de una pausa en la cual se insertaron los episodios egipcios de la nacionalización del Canal de Suez, y el ataque anglofranco israeliano contra Port Said, los sionistas fueron obligados por la O. N. U., Washington y Moscú a replegarse a sus líneas de partida. Pero el repliegue no moderó sus ímpetus atacantes, sino que les encaminó a una nueva preparación bélica de carácter total. Hacia el final de 1957 se supo que en Israel el jefe del gobierno, David Ben Gurión, se proponía intentar la conversión del acuerdo de reparaciones de Bonn en un contrato de abastecimientos militares alemanes continuos. Aquel primer proyecto no prosperó e incluso provocó una crisis ministerial parcial israelí, porque los ministros del partido *Ahdut Avodá* no querían recibir armas que, según ellos, "habían servido en otro tiempo para aniquilar muchedumbres de judíos". Ben Gurión no cesó por eso en sus propósitos, aunque tuvo que aplazarlos por el ruido que en 1958 produjeron unas declaraciones de Dag Hammarskjöld, entonces secretario general de las Naciones Unidas. Hammarskjöld decía que "la entrega a Israel de armas por parte de Alemania contribuiría a aumentar la tensión política, en una región del Oriente donde ha alcanzado su punto culminante".

Un nuevo modo de gestión y de presión fué entonces intentado por los gobernantes israelíes a través de las Organizaciones sionistas estadounidenses. Fruto de aquellas gestiones fué la conferencia que el 14 de mayo, y en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York, tuvo lugar entre Konrad Adenauer, canciller de Alemania Occidental, y David Ben Gurión, jefe del gobierno israelí. Los resultados de la reunión fueron cubiertos por un deliberado silencio común; pero el 21 de marzo de 1960 se decía en los medios de información de Bonn, que Ben Gurión y Adenauer habían quedado de acuerdo en que Alemania Federal hiciese a Israel un empréstito especial de 450

millones de marcos para material de guerra. Aunque entonces en Oriente árabe no se dió crédito a tales rumores.

Poco después se desarrollaron en Alemania Occidental las campañas de prensa contra el hecho de que hubiese sabios alemanes trabajando en Egipto. Fuesen quienes fuesen los instigadores de tal campaña, uno de sus primeros resultados fué dar a los dirigentes israelíes pretexto para aumentar el volumen de sus reclamaciones a Bonn. Así, el jefe de la Organización sinista internacional, Nahum Goldmann, entregó al gobierno alemán federal una lista de nuevas peticiones de "reparaciones" para Israel, con un total de 969 millones de marcos. Dichas peticiones no fueron atendidas en conjunto, pero al final de 1964 se llegó a una fórmula intermedia para que Bonn proporcionase a Tel-Aviv submarinos, destructores, cañones y tanques, por un valor nominal mínimo de 80 millones de dólares. La noticia de tal operación secreta no llegó a El Cairo hasta las primeras semanas del corriente 1965. Sin embargo, no parece que en ningún modo constituyese la causa directa de que entonces se anunciase también la visita a Egipto del dirigente de Alemania Oriental, Walter Ulbricht. Varios comentaristas de Prensa mundial apuntaron entonces la posibilidad de que dicha visita hubiese sido sugerida cuando poco antes estuvo en El Cairo el dirigente soviético moscovita Chelepin. Pero de todos modos, en El Cairo se hizo saber que si a Ulbricht se le trataría con todos los honores, no sería como jefe de Estado reconocido; y que desde Alemania Oriental no se había perdido el reconocimiento diplomático egipcio. Además, estaba anunciado que el presidente Gamal Abdel Nasser efectuaría a Bonn un viaje oficial.

De todos modos, el anuncio de la visita de Ulbricht provocó la indignación del gobierno de Bonn, cuyo portavoz oficial, Karl Guenther Van Hase, hizo saber, a final de enero, que uno de los resultados de tal visita podría ser el que Bonn cortase "toda ayuda económica concedida a la R. A. U.". El mismo día y también en Bonn, el Ministerio federal de Defensa confesó que un cierto número de oficiales israelíes venían siendo instruídos y entrenados en el campo militar alemán de Muensterlager.

Entretanto, el embajador alemán en la R. A. U., George Federer, sostuvo con el presidente árabounido, Abdel Nasser, una entrevista cuyo texto íntegro fué algún tiempo después publicado en el diario "Al Ahrám". Aquel texto mostraba que el embajador federal presentó la visita de Ulbricht como incompatible con las relaciones entre El Cairo y Bonn, haciendo saber que esto ocasionaría la suspensión de las ayudas germánico-occidentales al

segundo plan quinquenal egipcio. Abdel Nasser contestó que la palabra "ayuda" resultaba impropia, pues lo que Egipto había recibido de Alemania Occidental eran préstamos con intereses de 6 por 100, (ya liquidados en su mayor parte). En cambio, las continuas y cuantiosas entregas de dinero y materiales de Bonn a Israel se hacían "como regalo a nuestro enemigo". En cuanto a la visita de Ultbricht, el presidente de la R. A. U. hizo notar que no representaba para Bonn un peligro ni una amenaza material; mientras que en cambio "el peligro de Israel para todo el mundo árabe es cien veces más serio que la gravedad de Alemania Oriental para Alemania Occidental".

En la entrevista con Federer, los círculos políticos de la capital del Nilo destacaron el tono apuntado de presión o coacción. Uno de los primeros efectos fué, naturalmente, la cancelación de la anunciada visita de Abdel Nasser a Bonn. Sin embargo, el jefe del Estado arábigo-unido no quiso tomar por sí mismo ninguna decisión, sino que reunió en el palacio republicano de Kubbeh a la Comisión Ejecutiva Superior de la Unión Socialista Arabe; es decir, el escalón más elevado de la organización nacional que englobaba todas las fuerzas del pueblo en el país. Al exponer Abdel Nasser ante dicha Comisión Ejecutiva la situación respecto a las cuestiones suscitadas por Bonn, no sólo apoyaba las posibles decisiones oficiales sobre el "consensus" de las masas, sino que las alineaba sobre las cardinales más activas del arabismo contemporáneo, que es precisamente el de los movimientos colectivos populares. Todo aquello que por detrás de su nuevo nombre reciente de "Socialismo árabe", en realidad prolonga las tradiciones igualitarias coránicas del *igmaa* y el *Umma*.

Esta arabización de conjunto de algo que comenzó o pareció comenzar como una divergencia de opiniones entre El Cairo y Bonn, fué desde la mitad de marzo (y ha seguido siendo hasta la mitad de mayo) el mayor éxito de los gobernantes de la R. A. U., que por lo menos han conseguido el apoyo moral casi unánime de los restantes Estados de la Liga Arabe (aparte el episodio posterior de las divergencias de criterio de Habid Burguiba). De todos modos y en el orden jurídico-legal de la Liga y sus pactos, quedó como base de los futuros desarrollos el acuerdo que los 13 Estados miembros de la Liga tomaron por unanimidad después de una sesión de diez horas de trabajo en la noche del 14 al 15 de marzo.

El acuerdo del 15 de marzo no ha sido aún cumplido, pero sigue en vigor, y teóricamente constaba de cuatro puntos, los cuales podrían ser

aplicados inmediatamente si llegaba un momento necesario. Dichos puntos eran los siguientes: 1.º Retirada inmediata de los respectivos embajadores en Bonn (este punto quedaba sujeto a las interpretaciones locales de cada Gobierno árabe, pues no era una decisión apasionada, sino la advertencia de estar dispuestos a todas las decisiones). 2.º Ruptura de relaciones diplomáticas con el Gobierno de Bonn, en el caso de que las relaciones de Israel y Bonn llegasen a ser completas y totales. 3.º Boycot económico de la República Federal de Bonn en el caso de que ésta emprenda una "política agresiva" contra cualquier miembro de la Liga Árabe. 4.º Revisión de relaciones con cualquier otra potencia extranjera que manifestase una actitud hostil hacia los países árabes, apoyando a Israel en sus proyectos de agresión.

Lo que más cambió el panorama árabe, al llevar a la Liga un asunto que pareció haber quedado circunscrito después de marcharse tranquilamente de El Cairo el embajador Federer, fué el no haber querido los gobernantes de Bonn cumplir a la letra las promesas verbales hechas al mediador español, y luego el hecho de que Bonn ya no pensase en apartarse de Alemania Oriental tanto como en acercarse a Israel.

El mediador fué el marqués de Nerva, director general de Organismos internacionales, que llegó a El Cairo como enviado especial del Jefe del Estado y del Gobierno español. Después de ponerse de acuerdo con el jefe del Gobierno de la R. A. U., señor Aly Sabry, el marqués de Nerva prosiguió su gestión en Bonn, donde el 12 de febrero (y después de cuarenta y ocho horas de vacilaciones) dijo personalmente en un banquete el canciller Ludwig Erhard que Alemania Federal cesaba de enviar armas a las zonas de tensión en el Próximo Oriente; incluyendo a Israel. En cuanto a los acuerdos germánico-israelianos ya existentes, dijo Edhard que se pagarían por compensaciones financieras y en mercancías. En cuanto a un posible encuentro suyo con el jefe del Gobierno israeliano, Levi Eshkol, dijo el doctor Erhard que no había sido fijada ninguna fecha para dicha entrevista, y ni siquiera el hecho de la entrevista misma. Esta declaración fué atribuída a la benéfica influencia de la labor española pacificadora, y el mismo presidente Abdel Nasser dijo que "sin la mediación española hubiese sido muy difícil reanudar el diálogo con Alemania Occidental". Desde los círculos de prensa de El Cairo se comentó que ante los árabes "sólo España tenía el poder moral de la amistad avalada por un juego limpio desde hace muchos años".

En Israel, donde el cambio de actitud de Bonn fué calificado de "insul-

to", todos los dirigentes israelíes o israelianos acordaron dar un rodeo para hacer gestiones desde su propio punto de partida, que era y siempre había sido Washington. Nunca resultó un hecho desconocido el de que el armamento cedido por Bonn a Tel Aviv era de procedencia norteamericana, y antes había sido cedido a Alemania Federal por los Estados Unidos (si bien es verdad que Norteamérica efectuó la operación con las condiciones expresas de que Alemania Federal no pudiese vender ni volver a entregar a nadie tal material sin autorización norteamericana). Desde Israel se hizo entonces una gestión directa, para que las poderosas entidades sionistas de Nueva York gestionasen que Washington aprovisionase directamente a Israel de material bélico. En Washington, el Departamento de Estado no aceptó ni tampoco rechazó tales sugerencias, sino que para ganar tiempo envió al embajador movible Averell Harriman, para una misión especial que era de estudio y consulta más que de ayuda declarada. Sobre todo porque poco antes Bonn había enviado un mensajero especial al rey Hussein de Jordania, con el objeto de que Hussein convenciese a Abdel Nasser de anular la visita de Ulbricht. Aunque Hussein se alineó con Abdel Nasser, porque para la R. A. U. era cuestión de amor propio patriótico el no aceptar sugerencias exteriores por medio de amenazas. En realidad, la presencia del monarca jordánico en El Cairo contribuyó a que el asunto entrase en una etapa panárabe, dejando la etapa egipcia.

Entretanto, el presidente del Consejo de Estado de la República Democrática alemana llegó en barco a la R. A. U., donde permaneció desde el 24 de febrero hasta el 2 de marzo. El presidente Abdel Nasser no salió a recibirle a Alejandría (donde envió a uno de los vicepresidentes), sino que le esperó en la estación de El Cairo. Ulbricht no pronunció en aquel acto ninguna alocución. Al final de la jornada de la visita, el texto del comunicado conjunto Nasser-Ulbricht era sólo sobre temas de mutua buena voluntad; no aludiéndose tanto a las relaciones directas de la R. A. U. con la R. A. D., como a "la vitalidad de la amistad tradicional germano-árabe".

El resumen de la visita de Ulbricht fué que ésta se desarrolló en un ambiente de moderación y prudencia internacional evidentes, sin que la R. A. U. quedase comprometida a ninguna vinculación total con Alemania Oriental. Además, la prensa cairota puso especial empeño en hacer recordar que en cierto modo dicha visita había sido proyectada en el marco de la política de neutralidad adoptada por el Congreso de Estados no-alineados de octubre de 1964. Y respecto a la famosa "Doctrina Hallstein", según

la cual Bonn no acepta que otros países traten con Alemania Oriental, se recordaba que Alemania Federal había instalado el mayor *stand* de exposición en la feria de Leipzig.

A pesar de tales antecedentes, Ludwig Erhard consideró que el viaje del jefe de la R. D. A. a la R. A. U. era motivo de que Bonn tomase represalias contra la nación del Nilo. El 24 de enero, el secretario de Prensa del canciller alemán federal anunció el cese de la "ayuda" económica a El Cairo, y la reserva de iniciar después en su contra alguna acción política. Esta llegó el 9 de marzo, cuando Erhard transmitió a Levi Eshkol la oferta de relaciones diplomáticas. Lo más curioso fué que tal oferta era muy beneficiosa para Israel y, sin embargo, Israel comenzó por imponer condiciones antes de aceptar. Levi Eshkol dijo al enviado especial de Bonn (es decir Kurt Birrenbach) que no sólo Erhard tenía que anular la palabra dada al mediador español, y reanudar los suministros de armas al Estado sionista, sino que tomase medidas persecutorias contra los sabios alemanes al servicio de la R. A. U., y que prolongase el período de sanciones y persecuciones contra los antiguos nazis. Eshkol anunció también que no aceptaría dinero en compensación por las armas no recibidas; aunque se reservaba gestionar que Alemania aumentase sus subvenciones y regalos a Israel por otros conceptos. El 16 de marzo el Parlamento israelí autorizó a Eshkol para continuar sus gestiones con Bonn hacia el enlace diplomático completo; y el 19 concertó Birrenbach un acuerdo para nuevas entregas de armas. Según informes de corresponsales italianos en Jerusalén, a esta decisión no fueron ajenas ciertas sugerencias y *critiche americane*.

Dentro de la misma Alemania Federal, las decisiones del doctor Erhard y sus colaboradores respecto a Egipto y a Israel no encontraron una adhesión general. En el seno del mismo Gabinete Erhard, el ministro de Justicia, doctor Ewal Bucher (demócrata libre) dimitió de su puesto porque se negó a firmar la ley que ha prorrogado por cinco años el plazo de prescripción de condenas por actividades nazis. Y el jefe socialdemócrata, doctor Karl Schmid (también vicepresidente de la Cámara federal de diputados) declaró en una Conferencia de Prensa que el prestigio y la posición de Alemania quedarían gravemente comprometidos ante el mundo árabe y el "tercer mundo" entero por la ayuda a Israel. Actitud de repulsa confirmada cuando la aceptación ciega por Bonn a todo lo que pedía Tel Aviv pareció una verdadera humillación del prestigio germánico.

Entretanto, los primeros acuerdos de los Estados árabes, después del 15

de marzo, tendieron sobre todo a afirmar una línea de prestigio general y unidad moral en la cuestión de Bonn, aunque los países norteafricanos se mostrasen más cautos, moderados y reflexivos que los demás. Marruecos, Túnez y Libia hicieron saber oficialmente que están dispuestos en caso necesario a cumplir los acuerdos del 15 de marzo, aunque los aceptaron con reservas. Argelia siguió la línea más radical de la R. A. U., el Iraq y Siria, pero su representante en El Cairo evitó cualquier alusión molesta para los otros tres magrebíes. La situación se complicó mucho más cuando el jefe del Estado tunecino, Habib Burguiba, hizo sucesivamente en Beirut y Atenas dos declaraciones explicando que Túnez se había negado hasta ahora a cortar sus relaciones con Bonn (y probablemente no llegaría a cortarlas) porque consideraba que decisiones tan graves sólo pueden tomarse "en pie de guerra". La divergencia de las estimaciones de Burguiba sobre los modos de actuar se extendió a todo lo que él piensa sobre el conjunto del mundo árabe, y alcanzó su extremo más agudo después de que el 22 de abril Burguiba propuso en un discurso desde Túnez que la Liga Árabe reconozca a Israel como un Estado dentro de las fronteras que fijó la O. N. U. en noviembre-diciembre de 1947; si por su parte Israel cumple la otra resolución de la O. N. U. del 11 de diciembre de 1948, para que los refugiados palestineses volviesen a sus hogares o fuesen indemnizados aquellos que no quisiesen regresar.

El discurso del presidente tunecino produjo indignación oficial y tumultos callejeros en las tres capitales de El Cairo, Damasco y Bagdad, lo cual hizo que Túnez tuviese que clausurar su embajada en la ciudad del Nilo. Por el mismo motivo hubo en la Liga Árabe una conferencia especial de representantes permanentes; reunión en la cual Burguiba no fué condenado y ni siquiera nombrado, aunque se dijo que había habido una violación de la Carta de la Liga al pedir un acuerdo de coexistencia con Israel. De todos modos, la decisión fué dejada a la nueva conferencia de jefes de gobiernos convocada para el final de mayo.

Lo más curioso en la trayectoria del sistema arábigo después de las declaraciones del jefe del Estado tunecino fué el hecho (señalado y subrayado el 25 de abril por un editorial del diario madrileño *A B C*) de que a pesar de las diferencias de tono entre Burguiba y Nasser, "las tesis de ambos jefes de Estado tienen algún punto de contacto... en la aceptación de la resolución de las Naciones Unidas núm. 194 (III) de 11 de diciembre de 1948

para el regreso de los refugiados árabes a Israel"; puesto que tal regreso presupone la consideración de que Israel existe de hecho.

Entretanto se aclara si sobre la vecindad sionista hay coincidencia de aceptaciones o sólo de expresión en los extremos "más duro" y "más blando" de la Liga, los países norteafricanos tienen a considerar que sus relaciones con Alemania no dependen en primer extremo de lo palestínés tanto como de varios extremos mundiales, sobre todo en sectores del desarrollo y la recuperación económica. Túnez, Argelia y Marruecos, que fueron partes implícitas del Mercado Común europeo en tiempos de la ocupación francesa, quieren ahora integrarse como Estados asociados. El 13 de mayo fué fijado para que en Bruselas la Comisión Económica Europea comenzase sus negociaciones con Túnez y Marruecos, a la vez que fijase lo que podría hacerse con Argelia (y acaso Libia) en una segunda etapa. Por su parte, los países del Magreb, berberiscos o "norteafricanos" trataban de fijar sus posiciones con el Mercado Común, después de la conferencia convocada por los cuatro en Trípoli de Libia. Todo ello estuvo en relación con la visita de Burguiba a Hassan II a mitad de mayo. También se señaló que recibiendo en Argel al presidente Tito de Yugoslavia, hablase el presidente argelino Ben Bella de la conveniencia de "una solución negociada" para Palestina.

Volviendo a fijar la atención sobre Bonn y sus problemas medio-orientales, lo más saliente después de las gestiones de Birrenbach en Israel fué el empeño puesto por los gobernantes germánicos federales de dar rodeos para no romper con los árabes. Durante la última decena de marzo y la primera de abril, varios emisarios especiales del gobierno germánico-occidental recorrieron diversas capitales árabes para tratar de aplazar, atenuar o anular la decisión conjunta de rompimientos escalonados tomada por la Liga. A El Cairo y Bagdad fué el diputado demócrata-cristiano Rudolf Werner; a Siria, Wilhem Hartmann, director de una firma industrial; a Túnez, otro diputado gubernamental, Acoff; a Argel, el miembro del partido social-demócrata de oposición, Hans Jurgen Wischniewski, y a Marruecos, el presidente del Bundestag, Eugen Gersteinmayer. Todos se lamentaron ante los gobernantes de los países recorridos, de que sólo se vaya a aplicar a Alemania Federal un trato de discriminación y recelo por relacionarse con Israel, siendo así que anteriormente no se había hecho lo mismo con Norteamérica, la Unión Soviética, Francia, etc., etc., que siempre estuvieron relacionadas con Tel Aviv.

Al final, lo más curioso de todo el desarrollo germánico y árabe en los

meses recientes ha sido probablemente la paradoja de que el punto de partida ideológico y sentimental de las reivindicaciones panarábigas (es decir la existencia y las actividades del disperso pueblo árabo-palestínés) hayan quedado un poco dadas de lado, a pesar de que en esos mismos meses recientes se produjeron respecto a Palestina árabe tres acontecimientos de indudable trascendencia. El principal fué la celebración en la Universidad de El Cairo de un gran "Coloquio Mundial sobre Palestina", el cual fué roganizado por la Asociación General de Estudiantes Palestineses y al cual asistieron delegaciones y representaciones de entidades de 44 países. Además, muchos orientalistas y políticos extranjeros, entre quienes destacaron el ex ministro británico Anthony Nutting, el ex ministro indio de Defensa, Krichna Menon; el especialista irlandés, Erskine Childers; la escritora Ethel Manning, etc. Al Congreso asistieron 8.000 personas, aunque sólo 108 tomaron parte en las deliberaciones. Al fin se hizo una declaración común proclamando los superiores derechos de los cristianos y musulmanes palestineses a la posesión de su país.

Los otros acontecimientos de carácter palestino fueron la conferencia que los ministros de Información de los 13 Estados de la Liga celebraron en Amman el 19 y 20 de abril, y el primer Congreso General de organizaciones obreras de los países árabes, que tuvo lugar en la palestinesa zona de Gaza, también a mitad de abril. Los tres acontecimientos coincidieron en el deseo general de internacionalizar el conocimiento del arabismo cristiano-musulmán palestínés, y de que sus argumentos se difundan por todo el mundo "en un diálogo abierto", según frase expresa del secretario general de la Liga Árabe, Abdeljalaq Hassuna.

RODOLFO GIL BENUMEYA.